

## La guerrera

La tensión se podía notar en el ambiente de ambos pelotones, presentes en el frente. La joven soldado había roto la formación para salir a por el cadáver de su compañero mientras los demás soldados la miraban atónitos sin bajar la guardia en ningún momento. Una vez que la joven llevo el cuerpo inerte al campamento, el resto de los soldados de su pelotón se retiraron del frente.

—¿Qué se supone que era eso, Celeste?—le preguntó Eros a su amiga y compañera de pelotón.

—Humanidad, Eros—respondió la joven pelirroja con firmeza—.Y por lo que parece nadie aquí tiene ese sentimiento de humanidad.

—Te podían haber matado, Cel.

La joven se encogió de hombros mirando a su compañero con una expresión de neutra y ella mantuvo esa expresión hasta que llegó una tercera persona con ellos; era Simón, el general de ambos jóvenes.

—Soldado Rodríguez, preséntese en mi tienda esta noche.—le ordenó el mayor a la joven.

El joven castaño miró a su amiga preocupado, ya que muy pocas veces su general ordenaba algo así. Pasaron las horas hasta que llegó el momento en el que la joven se tenía que presentar en la tienda de su superior.

—Dígame ,soldado, ¿cuál es la primera regla en una guerra?—le preguntó el general cuando la joven se sentó en la silla.

—No romper la formación, señor.—contestó la pelirroja de manera firme.

—¿Y qué fue lo que hizo usted?

—Salir a por el cuerpo de un compañero durante una ofensiva.—admitió Celeste cabizbaja.

—Puede ir recogiendo sus cosas, queda fuera de la unidad de manera definitiva.—le informó su superior mirándola de manera seria.

La joven no tuvo el tiempo suficiente para replicar por la injusticia, ya que dos soldados la sacaron del lugar a la fuerza, haciendo que cayera de bruces. Las lágrimas empezaron a brotar del rostro de Celeste cuando aterrizó en el suelo lleno de tierra.

—Deberías volver a tu castillo, las mujeres no servís para la guerra.—le espetó uno de los soldados a la pelirroja.—Mejor vuelve a tu castillo princesa, que es donde deberías estar.

Esas palabras no se dejaban de repetir en la mente de la joven pelirroja, mientras se dirigía a su cabaña para recoger sus cosas. Una vez allí, se encontró a su amigo Eros sentado en su cama mientras miraba a un punto fijo. La joven se percató de esto, ya que su amigo solo lo hacía cuando algo iba realmente mal y, tal vez, era este el caso, o no.

—¿Qué sucede, Eros?—le preguntó su compañera mientras hacía la maleta.

—No es nada importante, Celeste.—le respondió el chico de ojos verdes cuando se dio cuenta de lo que hacía su amiga.—¿Te vas a casa? ¿Abandonas la guerra?

—No es por decisión voluntaria, Eros; el general me lo ordenó.

—Si yo fuera tú, no lo haría.—intervino una tercera voz en la conversación.

Ambos jóvenes se giraron para ver a la joven rubia de ojos azules que estaba apoyada en la puerta con los brazos cruzados. Ninguno de los dos conocía a la chica; era la primera vez que la veían en toda su vida. Eros se acercó con paso decidido hacia la chica, mientras sujetaba la empuñadura de su espada. La joven rubia entró a la habitación sin pedir permiso y se sentó en la cama que antes era de Celeste. La joven pelirroja la fulminó con la mirada, cuando vio los gestos que realizaba la otra chica con una pequeña daga.

—¿Por qué no debería dejarlo, según tú?—le preguntó Celeste a la chica desconocida con algo de rabia.

—Porque no puedes dejar que un hombre decida lo que tienes que hacer; eres la princesa de Varylia, ¿y qué? Eso no te quita el derecho a luchar por tu reino.— le reprendió la rubia dejando de jugar con su daga.—Tienes que demostrarles a todos esos hombres que su futura reina puede combatir en primera línea de combate.

—Mi padre nunca me dejará hacer algo así.—argumentó la pelirroja ya que siempre había hecho lo que decía su padre.

Algo que la joven no sabía era que la enfermedad que sufría su padre había empeorado y apenas le quedaban algunos meses, e incluso, días de vida. La chica rubia empezó a explicarles a ambos jóvenes cómo era la situación del rey y la razón de por qué Celeste debía volver a la guerra. Tras varias horas de explicación, la desconocida se presentó como Alba, la consejera del rey, a quien había enviado para comunicarle el mensaje a su hija.

Celeste se sintió extremadamente mal cuando Alba le informó de la situación actual de su padre, pero, si algo tenía claro, era que no iba a dejar de luchar. Ella les iba a demostrar a esos hombres que tanto se burlaban de ella que podía luchar en la guerra y gobernar el reino a la vez.

Eros era el único que se oponía a la idea que tenían ambas jóvenes de colarse en el próximo batallón que salía en menos de una hora. A pesar de ello, no le quedó otra opción que aceptar, ya que la lealtad que le guardaba a su amiga era superior a su compromiso en el ejército.

—¿Estáis seguras de que funcionará?—les preguntó el chico de pelo rizado a las dos chicas.

—Eros, no te preocupes, todo saldrá según lo planeado.—intentó tranquilizarle su amiga.

—Me preocupa que te pase algo, Celeste.

La pelirroja le sonrió a su amigo antes de salir con Alba de su cabaña para dirigirse al pelotón de soldados que saldría en la primera ola de asalto. La rubia le hizo una señal a su amiga para que se ocultase entre todos los hombres que formaban el grupo.

Este grupo empezó a caminar hacia la trinchera más cercana de la zona norte; una vez allí, los soldados se prepararon para recibir el primer disparo del enemigo.

El tiempo pasó demasiado lento para algunos soldados hasta que la primera bala se hizo presente en el lugar. Todos los soldados se prepararon para luchar, pero hubo un resplandor en mitad del campo de batalla que arrasó con varios edificios y soldados al impactar. Se trataba de un basilisco dorado, una criatura legendaria que no había sido vista desde hacía años y, según decían las leyendas, solo una persona sería capaz de derrotarle. Alba miró a su compañera haciéndole una señal para que atacase a la criatura que habían soltado sus enemigos. La joven pelirroja se negó, ya que ella no iba a hacer nada a no ser que un hombre se lo ordenase, pues se había criado de esa forma. Lo que ninguna de las dos chicas se esperaba era que el grupo de hombres se lanzaría al ataque contra la criatura y ambas se vieron arrastradas al campo de batalla.

Alba desenfundó su espada mientras Celeste, aún asustada, esquivaba con bastante agilidad los ataques de la criatura. Varios hombres cayeron en la lucha contra el basilisco y las jóvenes ya se empezaban a cansar de tanta lucha.

—Tienes que matarlo, Celeste.—le dijo la chica rubia a su amiga.

—¿Estás loca? No puedo hacerlo.—le replicó la pelirroja.

—Confía en ti, demuéstales a todos que una mujer puede hacer lo mismo que haría cualquier hombre, que una mujer sirve para la guerra.—la animó Alba, esquivando un ataque.

El pequeño discurso que recitó la joven le sirvió a Celeste para armarse de valor y desenfundar su espada. El combate con el basilisco se alargó varias horas hasta que Celeste consiguió matar a la criatura, mientras era observada por todos los soldados. Una vez que la criatura cayó al suelo, todos los soldados de la unidad de Celeste lo celebraron; habían ganado la guerra al fin. Tras esos pequeños instantes de celebración, la vista de Celeste se volvió borrosa.

—Celeste, despierta.—le llamó una voz a la joven.

Cuando la joven volvió a ver, se dio cuenta de que todo había sido un sueño, ya que se despertó en el escritorio de su habitación. Se encontró a su hermano

mayor mirándola serio y la joven decidió bajar al salón para esperar a su padre, ya que su madre estaba ocupándose de la casa.

Pasaron varias horas hasta que su padre llegó y la joven respiró hondo antes de asimilar lo que le iba a decir a su familia. En la hora de la cena, todos estaban sentados en la mesa, comiendo en silencio, hasta que Celeste decidió romper ese silencio.

—Quiero alistarme en el ejército.—soltó de repente la joven.

—No Celeste, estudiarás Derecho, ya hemos hablado de esto.—le contestó su padre con un tono serio.

—No es una pregunta papá, lo voy a hacer te guste o no. Estoy harta de vivir bajo tus órdenes.

—Celeste...—dijo su madre para detenerla.

—Nunca te aceptaran en el ejército, eres una mujer.—argumentó erróneamente su padre.

—Lo harán porque las mujeres tenemos las mismas oportunidades que los hombres de entrar en el ejército.—contraatacó la joven, levantándose de la mesa.

Celeste subió a por las maletas que había hecho unas horas antes para después salir por la puerta de su casa. Iba detrás de un sueño y estaba segura de que lo iba lograr si luchaba por él como una auténtica guerrera.